

Santiago, 18 de Diciembre de 1924.

VENTAJAS DE LOS EXAMENES.-

Entre las enfermedades que se heredan, sin duda, una de las peores es el miedo a los exámenes.

El susto examinativo se trasmite en Chile hasta por tres generaciones.

El individuo pasa de los 9 a los 20 años, sufriendo las impresiones de sus propios exámenes; sigue después alarmándose por cuenta de los hijos, y, ya viejo y abuelo, experimenta los últimos pavores de su vida, unidos estrechamente a una lista de reyes visigodos o una clasificación de los ortópteros.

Personas entendidas aseguran que gran parte de las afecciones cardíacas, se deben, pura y exclusivamente, a los exámenes.

No es extraño, por lo tanto, que con esta grito general que se produce todos los años en Diciembre, con motivo de las pruebas finales, abunden las peticiones para que la Junta de Gobierno, que ha suprimido ya las loterías, dicte un decreto-ley suprimiendo este juego de azar a que el Estado somete anualmente a los alumnos.

No soy de los que comparten semejantes opiniones.

El examen por lo mismo que no da ninguna idea de la preparación de los alumnos, es algo profundamente educativo.

Lo que pierde la instrucción lo gana el individuo en formación de carácter y experiencia de la vida.

El examen constituye para el niño una lección objetiva de que la inteligencia y el saber son bastante inútiles y que no tienen relación alguna con el éxito. Estudios de Literatura Chilena

Esto le permitirá más tarde no extrañarse ante las listas de Ministros que propician ciertos diarios en los momentos más graves y trascendentales para la marcha del país.

Enseñan, por otra parte, los exámenes, la importancia decisiva de la suerte sobre todos los actos de la vida, formando el alma en una atmósfera de sereno fatalismo.

El peor alumno de la clase sale bien porque le preguntaron lo único que sabe; el primero de la clase es reprobado o escapa a duras penas, porque le hicieron preguntas de otro libro... del libro que vende el examinador.

Los conocimientos infantiles se enriquecen con dos observaciones provechosas: un momento de suerte vale más que muchos meses de estudio, y los profesores universitarios no son, todos, esos modelos de ecuanimidad, entregados por completo a la ciencia, que aparecen en los libros de lectura; son hombres prácticos que editan textos de estudio que se venden a costa de los niños.

¡Y qué enseñanza política!

Uno de los míos, que debía dar examen de historia de la Edad Media, me decía poco antes de la prueba:

-Enseñame tantas maldades de los Papas, porque yo me he fijado en que eso les gusta a los examinadores...

¡A los once años parecía tener, ya, todo el oportunismo de un diputado electrolítico!

Tuve que hacer una clase de independencia de criterio, de energía de carácter, para no halagar al poder, aparentando compartir sus opiniones, aún cuando se fracasara en un examen o en la vida.

Puede que estos consejos, poco prácticos, sirvan al estudiante oportunista de 1924 para contrarrestar, andando el tiempo, la tendencia ciegamente gobiernista de algunos editoriales de "El Mercurio".

En todo caso, sin el examen de Edad Media, el curso de instrucción cívica no habría comenzado tan temprano en el hogar.

Y luego habrá quienes digan que el sistema antiguo se diferencia en algo del concéntrico.

Pero, acaso la ventaja más positiva que ofrecen los exámenes, sea la de enseñar a los ciudadanos, desde chicos, a aparentar una ciencia que no tienen. Esto, como lo demuestran los propios profesores universitarios, es enormemente práctico, pues permite al individuo gozar de todas las preeminencias, prestigio y consideraciones del saber, sin pasar por la molestia del estudio.

¿Podrá, pues, criticarse un sistema como el actual, que si bien perjudica a la instrucción, se adelanta a la experiencia, forma el carácter del alumno y le prepara a la lucha por la vida, en un ambiente de noble escepticismo de los hombres y sus procedimientos?

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile